

Después de la comida, Petronio propuso un breve descanso, pues para hacer visitas era demasiado temprano, aunque la mayoría de los mortales había comido muchas horas antes.

— Hay gente, decía Petronio, que, siguiendo la antigua costumbre romana, se dedica por la mañana á visitar á sus conocidos; pero, en mi sentir, eso es propio de los bárbaros. Las horas de la tarde me parecen más convenientes; entendiéndose, sin embargo, que debe esperarse á que el sol se halle sobre el templo de Júpiter Capitolino y sus rayos caigan oblicuamente sobre el Foro. En otoño aún hace tanto calor que todo el mundo siente la necesidad de echar un sueñecito después de comer. ¡Y luego, es tan agradable el murmullo de la fuente del atrio, y después de los mil pasos prescritos, dormitar á la luz roja que penetra á través de los purpúreos vidrios del velario!...

Vinicio nada tuvo que replicar.

Ambos caminaron largo rato por las habitaciones, comentando los sucesos ocurridos en el Palatino y en Roma y filosofando sobre la vida. Después Petronio se retiró al cubículo, durmiendo breves instantes, pues antes de la media hora se levantó, y haciéndose llevar el frasco del aceite de verbena, primero aspiró el perfume y se restregó después las manos y las sienes.

— ¡No puedes imaginarte lo que esto refresca y vigoriza! Ya me tienes dispuesto á todo.

La litera esperaba ya junto á la puerta. Salieron Vinicio y Petronio, y éste ordenó que los condujesen á casa de Aulo.

La *ínsula* de Petronio estaba asentada sobre el declive meridional del Palatino, cerca de las llamadas Carinas; el camino más breve era el que pasaba bajo el Foro; pero queriendo Petronio hablar con Idomeneo, el joyero, tomaron la dirección del *Vicus Apollinis*, para salir al *Vicus Sceleratus*.

Robustos africanos levantaron la litera y se pusieron en marcha, seguidos de los esclavos llamados *pedissequi*. Al cabo de un rato Petronio acarició su nariz con la mano perfumada de verbena y quedó meditabundo.

— Ahora pienso, dijo por fin, que tu ninfa de los bosques, puesto que no es una esclava, podría dejar la casa de Plaucio y pasar á la tuya. Tú la colmarías de amor y de oro, como yo colmé á mi adorada Crisotemis, que, dicho sea entre nosotros, me fastidió casi tanto como yo á ella.

Marco movió la cabeza.

— ¿No?, preguntó Petronio. En la peor hipótesis, la cosa dependería del emperador, y puedes estar seguro de que, abogando yo por tí, *Enobarbo* decidiría á favor tuyo.

— No conoces á Licia, repuso Marco.



Y mientras escuchaba mis palabras, trazaba dibujos con la ramita sobre la arena

— Permítame, no obstante, que te pregunte si la conoces tú ó pretendes conocerla por haberla visto. ¿No has hablado con ella? ¿Le has declarado tu amor?

— La vi el primer día junto á la fuente, y desde entonces he vuelto á verla dos veces. Has de saber que durante mi permanencia en aquella casa, yo habitaba un pabellón aislado, dispuesto para los huéspedes, y á causa de la dislocación del brazo no podía participar de la mesa común. Sin embargo, la noche antes de partir, cené con todos y vi de nuevo á Licia, pero no pude dirigirla la palabra, porque me veía obligado á escuchar á Plaucio, que narraba sus victorias en Bretaña, y después pasaba á lamentar la decadencia de la pequeña propiedad en Italia, que Licinio Estolón trataba de evitar. Dudo, en absoluto, que Aulo sea capaz de hablar de otra cosa, y temo que esta vez tampoco podamos sustraernos al relato de esa historia. Aulo posee faisanes, que no se verán nunca en su mesa, porque está convencido de que la muerte de uno de ellos apresuraría la caída del imperio. La segunda vez encontré á Licia junto á la cisterna del jardín, con una rama verde en la mano, rociando los capullos que en su extremidad empezaban á florecer. Mira mis rodillas. Te juro por el escudo de Hércules, que no temblaron cuando los partos cayeron como la tempestad sobre nuestros campamentos, y temblaron, sin embargo, junto á aquella cisterna. Temeroso como el niño que lleva aún sobre su pecho el talismán, imploraba piedad con los ojos, incapaz de balbucear una sola palabra.

Petronio contemplaba al joven, sin poder disimular cierta envidia.

— ¡Dichoso tú!, murmuró después. Por miserables que fuesen el mundo y la vida, la juventud representaría siempre la eterna belleza.

Tras breve pausa, preguntó:

— ¿Y no la dijiste nada?

— En cuanto pude serenarme un poco, le referí mi regreso del Asia, mi desventura y los dolores que había soportado, y le confesé que prefería sufrir en aquella casa á gozar en otra parte, porque allí el mal era más agradable que la salud en otro sitio cualquiera. En este punto también ella comenzó á turbarse, inclinó la cabeza, y mientras escuchaba mis palabras, trazaba dibujos con la ramita sobre la arena. Después levantó los ojos un momento, para bajarlos otra vez, fijando su mirada en el dibujo. Me miró de nuevo, como si hubiese querido preguntarme alguna cosa, y se alejó de pronto como una ninfa que desaparece ante la presencia de un horrible fauno.

— ¡Tendrá hermosísimos ojos!

— Ojos semejantes al mar en que se ahogan los hombres. Yo soy el ahogado. No es tan azul el Archipiélago. Poco después compareció el hijito de Plaucio, pidiéndome algo, que no llegué á comprender.

— ¡Oh Atina!, exclamó Petronio, arranca de los ojos de este joven la venda que Eros le puso; de lo contrario, va á romperse la cabeza contra las columnas del templo de Venus.

Y volviéndose á Vinicio, continuó:

— ¡Oh tú, fruta primaveral del árbol de la vida, verde pámpano de vid!. En vez de conducirte ahora á casa de Plaucio, debería acompañarte á ver á Gelosio, que tiene una escuela para muchachos inexpertos.

— ¿Qué debo hacer?

— Dime qué es lo que dibujaba sobre la arena. Indudablemente el nombre del dios de amor, ó un corazón atravesado por su flecha, ó algo parecido, lo que daría á entender que los sátiros habían murmurado al oído de la ninfa algunos secretos de la vida. ¿Cómo no se te ha ocurrido examinar aquellos trazos?

— ¡Querido, respondió Vinicio, yo visto la toga desde hace más tiempo del que

tú te imaginas! Apenas quedé solo, me dediqué á observar atentamente aquellos signos. Sé muy bien que en Grecia, como en Roma, las jóvenes confían con frecuencia sus secretos á la arena. Ahora adivina lo que Licia había dibujado.

— Renuncio á adivinar, porque parece que se trata de cosa muy distinta de lo que yo supuse.

— ¡Un pez!

— ¿Qué dices?

— Un pez, no te quepa duda. ¿Qué otra cosa podía significar esto sino que por sus venas corre sangre de peces? A decir verdad, no lo sé fijamente; pero tú que me has llamado «fruta primaveral del árbol de la vida,» ¿serás tan amable que me expliques el significado del dibujo?

— Querido Marco, consulta á Plinio, que conoce los peces. Si viviese aún el viejo Apicio, él podría satisfacer tu curiosidad, porque durante su vida comió tantos peces que no creo que se encuentre mayor número en el golfo de Nápoles.

El bullicio de la vía en que se hallaban impidió continuar la conversación.

Del *Vicus Apollinis* dieron vuelta al Boario y se dirigieron al Foro Romano, donde se reunía antes de la puesta del sol una multitud ociosa que se movía entre las columnas, cambiaba impresiones sobre los asuntos del día, espiaba á las personalidades más salientes que pasaban en las literas, parándose á contemplar las tiendas de los joyeros, las librerías y los otros comercios allí establecidos.

La mitad del Foro más próxima á la roca del Capitolio estaba ya envuelta en sombras; en cambio las columnas de los templos más altos parecían doradas por los últimos rayos del sol.

Tantas columnas sostenían y adornaban el Foro, que allí la mirada se perdía como en el fondo de un espeso bosque.

En el centro y en los extremos se agitaba la muchedumbre como ola enorme. El templo de Vesta era un hormigero de personas que como pintadas mariposas se dibujaban con extraños movimientos sobre las marmóreas paredes. Por la parte del templo de Júpiter, otra masa humana se agitaba sobre la gigantesca escalinata. Compacto auditorio rodeaba las tribunas de los oradores, mientras en lugar inmediato los vendedores de agua, de vino y de frutas ensordecían con su infernal gritería á los transeúntes. Acróbatas, magos, adivinos de sueños ejercían su profesión. De cuando en cuando, en medio del vocerío general, hería los oídos el sonido de cualquier sistro egipcio ó de una flauta griega. Enfermos de cuerpo y de espíritu, devotos y fanáticos, procuraban abrirse paso entre la muchedumbre para deponer sus ofertas sobre los altares del templo. Bandadas de palomas acudían de todas partes á picotear los granos que les arrojaban. A intervalos la multitud dejaba paso á las literas, en las que se veían elegantes tocados femeninos ó cabezas de senadores y caballeros con aspecto de cansancio y fastidio. La gente charlatana proclamaba los nombres, añadiendo alabanzas ó burlas, según los casos. Acá y allá soldados de guardia, marchando con paso lento y cadencioso, cuidaban de mantener el orden en los grupos. Entre aquella multitud la lengua griega dominaba al par que la latina.

Vinicio, que faltaba de Roma hacía tiempo, contemplaba aquel variado espectáculo, que Petronio calificó de nido de Quírites, sin Quírites. En efecto, el elemento romano estaba débilmente representado. Se veían allí etíopes, rubios gigantes del Norte lejano, británicos, galos, germanos, bisojos habitantes de Lérico, gente del Éufrates, del Tigris, del Indo, siriacos de las riberas del Oronte, habitantes de los desiertos de Arabia, hebreos desterrados, egipcios de sonrisa indiferente, nómadas y africanos; griegos de la Hélade que con los romanos se dividían el poder

de Roma, pero dominando con el arte y la sabiduría, con la prudencia y el engaño; griegos del Asia Menor y de sus colonias en Egipto, en Italia, ó de la Galia Narbonense. Además de los esclavos de orejas agujereadas, había allí libertos, una población ociosa que César mantenía y divertía, y los forasteros atraídos á Roma por la perspectiva de placeres y lucro. Sacerdotes de Serapis con las palmas de olivo entre las manos, sacerdotes de Cibeles con las doradas espigas, bailarinas orientales, vendedores de amuletos, encantadores de serpientes, augures caldeos, conjunto vario de existencias que huían del trabajo, que pernocaban en las ruinas del Trastevere y pasaban los días cálidos bajo los pórticos, en las sucias tabernas de la Suburra, sobre el puente de Milvio ó frente á las *ínsulas* de los magnates.

Toda esa gente conocía á Petronio, tanto que Vinicio oía exclamar continuamente: *Hic est!* Era respetado y querido por su prodigalidad y gozaba de una especial popularidad desde que se atrevió á oponerse, ante el emperador, á la aprobación de una sentencia de muerte dictada contra la «familia» entera, es decir, contra toda la servidumbre del prefecto Pedanio Segundo, sin distinción de sexo ni edad, porque uno de ellos, en un momento de desesperación, había matado á su perverso dueño.

Petronio, sin embargo, declaró repetidas veces que sólo había hablado con el César en calidad de *arbiter elegantiarum*, á cuyo sentimiento estético se infería una ofensa con aquella matanza, indigna de los romanos.

Por eso únicamente se hizo popular; pero acogía con indiferencia tal favor público. No podía olvidar que ese mismo pueblo había amado á Británico, envenenado por Nerón; había adorado á Agripina, muerta por orden del propio emperador, y á Octavia, desterrada en Pandantaria y asfixiada con el vapor hirviente, después de abrirle las venas; á Roberto Plauto, desterrado también, y á Tráseas, sobre quien pendía una sentencia de muerte. Había, pues, motivos para considerar el favor popular como un triste presagio, y el escéptico Petronio era supersticioso. Despreciaba á la plebe en dos sentidos, como aristócrata y como esteta. Gentes que olían á haba quemada, húmedas siempre de sudor, dedicadas al juego de la morra en los cuadrivios y los peristilos, no merecían, según él, el título de «hombres.» Por esta razón no hizo caso de los aplausos y de los besos que lanzaban las muchedumbres á su paso. Estaba casualmente relatando al sobrino la historia de Pedanio, expresándose con desprecio acerca de la volubilidad de la plebe, que á la mañana siguiente á la cruel matanza había aclamado á Nerón en medio de la vía pública, cuando se encaminaba al templo de Júpiter.

Dió orden de parar frente á la librería de Avirno, donde bajó y compró un elegante manuscrito que ofreció á Vinicio.

— Un regalo para tí, le dijo.

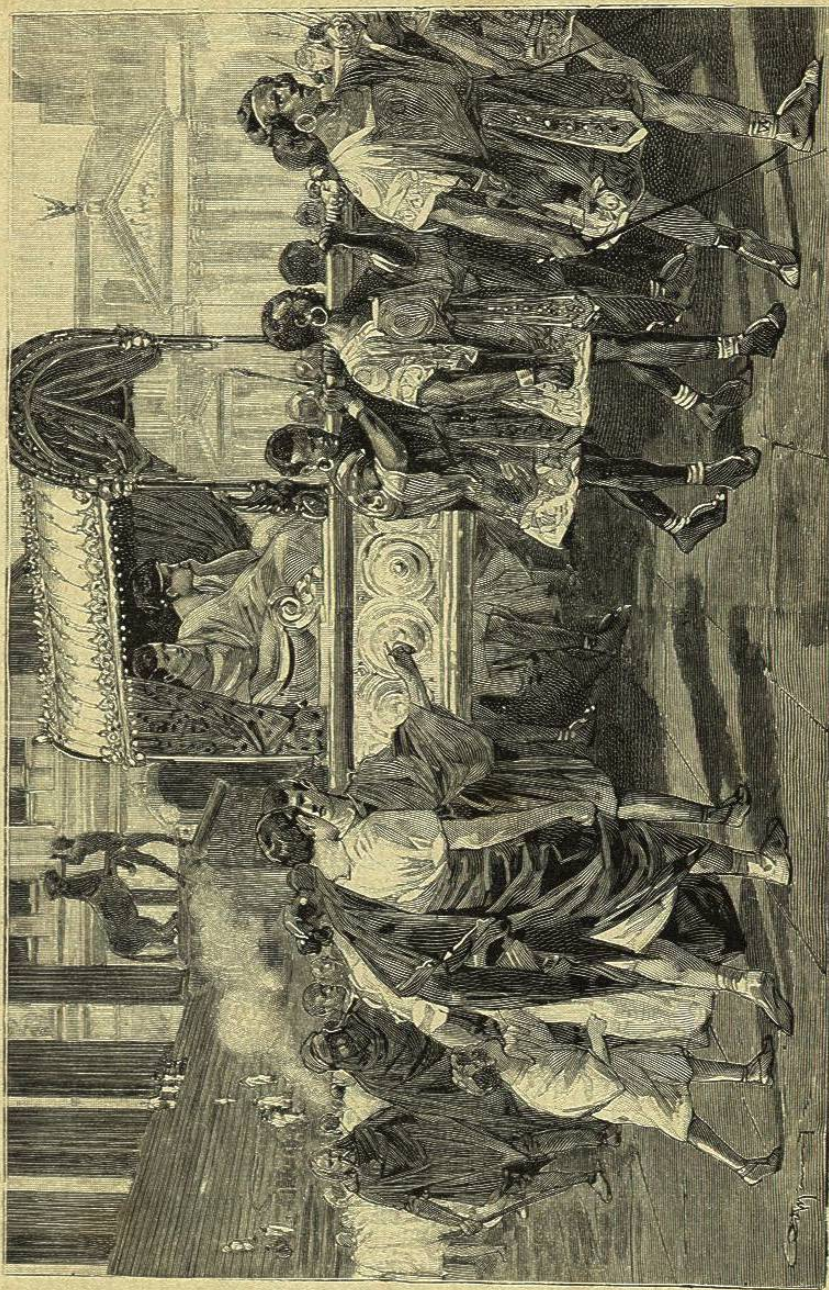
— Te lo agradezco, respondió Marco, que preguntó, después de leer el título: *Satiricon*. ¿Es una novedad? ¿Y el autor?

— ¡Yo! Pero no ambiciono la suerte de Rufino. La cosa es secreta y como tal debe permanecer, ¡no lo olvidéis!

— Me aseguraste que no escribías versos, dijo Vinicio hojeando el libro, y, sin embargo, aquí veo algunos, intercalados en la prosa.

— Si lo lees, busca en seguida *El banquete de Trimalción* (1). Por lo que respecta á los versos, estoy harto de ellos desde que Nerón compone incesantemente. Cuando Vitelio quiere desocupar el estómago, recurre á una varita de marfil y se

(1) La principal obra filosófica de Petronio.



Toda esa gente conocía á Petronio, tanto que Vinicio oía exclamar continuamente: *Hic est!*

hace cosquillas en la garganta; otros usan plumas de oca mojadas en aceite de oliva ó bien una decocción de tomillo silvestre; yo, por mi parte, encuentro una ayuda instantánea en los versos de Nerón, y después de este primer efecto puedo examinarlos y alabarlos, si no con la conciencia pura, por lo menos con el estómago ligero.

Apenas pronunciadas estas palabras, hizo parar de nuevo la litera: esta vez frente á la tienda del joyero Idomeneo, donde estuvo pocos minutos.

Después dió á los portadores las señas del domicilio de Plaucio.

— Mientras nos conducen á casa de Aulo, dijo Petronio, quiero contarte la historia de Rufino, para que veas cómo puede inutilizarse un autor.

No había empezado aún su relato, cuando los portadores doblaron por el *Vicus Patricius*, parando frente á la casa de Aulo. Un guardián, de aspecto robusto, abrió la puerta del *ostium*, donde una urraca saludaba á los visitantes con la palabra «¡Salve!»

Pasando del *ostium* al atrio, dijo Vinicio:

— ¿Has observado que los guardianes de la puerta no están sujetos con cadenas?

— ¡Extraña casa!, respondió Petronio en voz baja. Debes saber, sin duda, que Pomponia Grecina goza fama de ser una sectaria de ese culto oriental que consiste en la adoración de cierto Cristo. Parece que ha sido Crispinila quien la ha denunciado por tales creencias. Esa no puede perdonar á Pomponia el haberse contentado con un solo marido. ¡La mujer de un hombre! Hoy día es más fácil en Roma tener un plato de hongos frescos procedentes de la Nórica, que encontrar mujeres semejantes.

— ¡La llamas una casa extraña!: ya te contaré más tarde lo que en ella vi y oí. En el atrio el esclavo llamado *atriense* hizo que el *nomenclator* anunciara á los huéspedes. Petronio, que visitaba la casa por primera vez, miró en torno maravillado y en cierto modo desilusionado, porque en aquel recinto se aspiraba á un tiempo un aire de alegría mezclado con un ambiente de tristeza. Un foco de rayos luminosos se extendía desde la abertura hasta el surtidor que saltaba sobre la fuente cuadrangular llamada *impluvium*, destinada á recoger el agua de la lluvia, y circundada de anémonas y lirios.

El lirio, al parecer, era la flor predilecta de aquella casa, porque había abundancia de ellos, ya blancos, ya rojos. Entre los tiestos de flores se veían pequeñas estatuas de bronce representando niños y pájaros acuáticos. En un ángulo había un fauno de bronce, inclinado sobre el borde en actitud de beber. El suelo del atrio era de mosaico; las paredes, en parte de madera y en parte de mármol rojo, ostentaban lindas pinturas, en las que se destacaban peces, pájaros y flores, ofreciendo un maravilloso contraste de tonos.

Adornaban las puertas de la estancia vecina finas incrustaciones de marfil y de concha de tortuga. Entre las dos puertas estaban las estatuas de los abuelos de Plaucio. La casa, en conjunto, daba idea de una riqueza sólida, exenta de vana ostentación.

Petronio no se contentaba fácilmente, y, sin embargo, no vió allí nada que atentase contra su delicado gusto. Apenas tuvo tiempo para comunicar sus impresiones á Vinicio, pues un esclavo levantó la cortina que separaba el atrio del *tablinium* y los dos amigos se encontraron en presencia de Aulo Plaucio. Éste se hallaba ya en el ocaso de la vida. La nieve de la edad había cubierto de blanco su cabeza; las líneas de su rostro eran cortas, pero enérgicas, y sobre ellas se leía el temor que le produjo la inesperada visita del amigo, del consejero de Nerón.

Petronio era demasiado conoedor de la vida para que le pasara inadvertida la sorpresa de Plaucio, por lo cual, después de los primeros cumplimientos, se apresuró á explicar con su proverbial elocuencia el objeto de su visita, que no era sino el de agradecer personalmente los cuidados que el hijo de su hermana había recibido en aquella casa. La gratitud era la causa principal de su determinación, á la que también le había impulsado la antigua amistad.

Aulo correspondió á las frases de Petronio, diciendo que los huéspedes eran siempre bien recibidos en su casa; y en cuanto á la gratitud, él también tenía que agradecer, si bien Petronio no había de adivinar la razón.

En efecto, no acertaba Petronio á adivinarla. En vano alzaba los ojos, intentando recabar de su memoria el recuerdo de un servicio que hubiese prestado á Plaucio ó á alguno de los suyos. No lograba dar con ello; pues, por más que recordase, estaba casi seguro de no haberle sido útil en cosa alguna.

— Yo tengo en gran estima y aprecio á Vespasiano, dijo Aulo, al cual tú salvaste la vida cuando tuvo la desgracia de dormirse oyendo la lectura de los versos de Nerón.

— ¡Es verdad! No niego que la cosa pudo tener tristes consecuencias. El emperador estaba decidido á enviarle un centurión con el amistoso encargo de que se abriese las venas.

— Y tú, Petronio, le hiciste desistir de semejante propósito.

— Yo dije á Nerón que logrando dormir á Vespasiano había obtenido un triunfo digno de Orfeo, que con su canto hacía dormir á las fieras. Es preciso siempre agregar una dosis de adulación á la ironía cuando se intenta ridiculizarlo. Popea, nuestra augusta emperatriz, ha sabido y sabe practicar aún esta teoría.

— ¡Qué escándalo! ¡En qué tiempos vivimos!, prorrumpió Aulo. Me faltan dos colmillos, que un británico me hizo saltar de una pedrada; por esto, cuando hablo, silbo un poco; á pesar de lo cual puedo decir que he pasado en Bretaña los mejores días de mi vida.

— Porque fueron los días del triunfo, añadió Vinicio.

Petronio temía que el antiguo guerrero diera principio al relato de la historia de sus hechos de armas y se apresuró á cambiar de tema.

— En las cercanías de Preneste, dijo, algunas personas encontraron muerto un lobo con dos cabezas; y casi al mismo tiempo, durante un temporal, un rayo destruyó parte del templo de Diana, cosa inaudita á fines de otoño. Un tal Cotta, refiriendo el caso, añadía que los sacerdotes de aquel templo profetizaban la caída de Roma, ó por lo menos, la caída de una casa poderosa, catástrofe que no podía evitarse más que con sacrificios extraordinarios.

Aulo expresó la opinión de que semejantes indicios no debían nunca ignorarse, y que, probablemente, los dioses estarían airados por el exceso de impiedad. No hay nada extraordinario en esto, y en todo caso hubieran sido muy oportunos sacrificios propiciatorios.

— Tu casa, observó Petronio, para desviar otra vez la conversación, no es muy grande; pero admiro el fino gusto que en ella predomina.

— Es una antigua habitación de familia, y desde que tomé posesión de ella como heredero, no he introducido reforma alguna.

Levantado el velario que separaba el atrio del tablinio, pudo verse la casa de uno á otro extremo, pues la mirada, atravesando el tablinio, el peristilo y el vestíbulo llamado *æcus*, abarcaba hasta el jardín, que semejaba un cuadro alegre en obscuro marco. Francas y juveniles carcajadas resonaban en la casa, repercutiendo en el atrio.

— Concédenos, ¡oh noble guerrero!, la dicha de oír de cerca esas alegres risotadas, que raras veces se oyen en los tiempos que corremos, dijo en tono de súplica Petronio.

— ¡Con mucho gusto!, respondió Plaucio, levantándose. Mi chiquitín Aulo y Licia se divierten jugando á los balones. En cuanto á reír, creo, Petronio, que la vida entera no debería ser más que una continua risa.

— La vida, ciertamente, es digna de risa; pero las carcajadas que acabo de oír tienen un sonido muy distinto.

— Petronio pasa muchos días sin sonreír siquiera; pero después se desquita riendo noches enteras, interrumpió Vinicio.

Así conversando, atravesaron la casa en toda su longitud, y llegaron al jardín, donde Licia y el pequeño Aulo jugaban con balones, que eran recogidos y devueltos por esclavas empleadas en este juego y llamadas *sferiste*. Petronio echó una rápida ojeada sobre la joven, mientras el niño corría al encuentro de Vinicio. Pero el joven tribuno había empezado por saludar con una profunda reverencia á la hermosa muchacha, que suspendió de pronto el juego, llena de rubor.

En el triclinio del jardín, sombreado por la hiedra, las parras y la madreselva, se hallaba sentada Pomponia Grecina, que se levantó en el acto para recibir á los visitantes. Petronio la conocía por haberla visto en casa de Antistia, hija de Rubelio Plauto, y también en las moradas de Séneca y de Polión.

No podía menos de admirar la dulzura de su rostro serio, la dignidad de su continente, de sus movimientos y de sus palabras. Pomponia ofrecía tal contraste con el concepto que Petronio había formado de las mujeres, en general, que él, hombre corrompido hasta la medula de los huesos y presuntuoso como ningún otro en toda Roma, no sólo se sentía ante ella obligado á cierto respeto, sino que perdía algo de su acostumbrada serenidad. Y agradeciéndola los cuidados prodigados á Vinicio, le vino á los labios la palabra *dómina*, que nunca usó hablando, por ejemplo, con Calvia Crispinila, Scribonia, Valeria, Solina y otras mujeres de alto rango. Cambiados los primeros saludos y frases de agradecimiento, lamentó Petronio no verla con más frecuencia, no encontrarla nunca en el Circo, ni en el Anfiteatro: á lo que ella, poniendo la mano sobre el hombro de su marido, respondió tranquilamente:

— Hemos llegado á viejos los dos y nos hemos aficionado á la quietud de nuestra casa.

Petronio quería rebatir aquella afirmación sobre la vejez; pero Aulo no le dió tiempo, pues con su voz sibilante agregó en seguida:

— ¡Y nos sentimos cada día más extraños en medio de los hombres que aplican nombres griegos á nuestras divinidades romanas!

— Hace tiempo que tales divinidades se han convertido en figuras retóricas, observó Petronio con indiferencia; pero desde el día en que retóricos griegos vinieron á ser nuestros maestros, yo mismo no he dejado de nombrar á Era y á Juno.

Volvióse entonces hacia Pomponia, como dando á entender que en su presencia no podía hablarse de otras divinidades. Después, queriendo protestar contra la afirmación de Pomponia:

— Es verdad, dijo, la mayoría de los hombres envejece rápidamente; pero hay personas que parecen olvidadas por completo de Saturno.

Y al decir esto, Petronio no mentía, pues si bien Pomponia se hallaba próxima al otoño de su vida, su rostro conservaba una frescura extraordinaria, y sus rasgos fisonómicos, muy finos, le daban el aspecto de una mujer joven, á pesar de sus negros vestidos y de la seriedad de su expresión.



¡Oh forastero!, tú no me pareces ni descortés ni loco...